

www.inbadigital.bellasartes.gob.mx

Cómo citar este documento:

Alcaraz, José Antonio, *Cri-Cri: el mensajero de la alegría*. México: Instituto Veracruzano de Cultura, Conaculta, INBA, Cenidim, 1994, 41 p.

Cri-Cri

El mensajero de la alegría

José Antonio Alcaraz

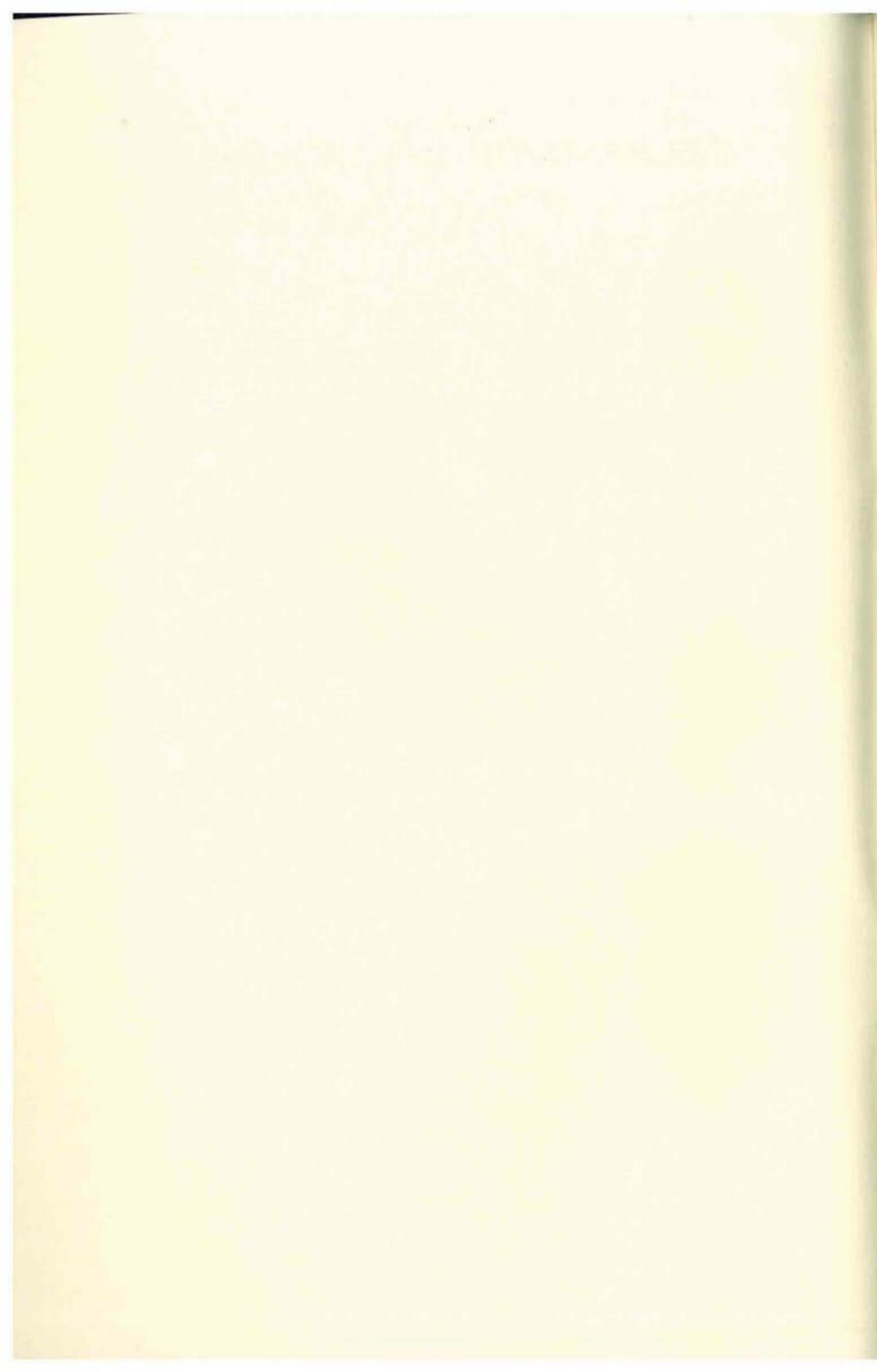


Cuadernos de Cultura Popular
Instituto Veracruzano de Cultura



▲ CONACULTA · INBA

CRI-CRI:
EL MENSAJERO DE LA ALEGRÍA



JOSÉ ANTONIO ALCARAZ

CRI-CRI:
EL MENSAJERO
DE LA ALEGRÍA



CUADERNOS DE CULTURA POPULAR

INSTITUTO VERACRUZANO DE CULTURA
CENTRO NACIONAL DE INVESTIGACIÓN,
DOCUMENTACIÓN E INFORMACIÓN
MUSICAL CARLOS CHÁVEZ
ALAS Y RAÍCES A LOS NIÑOS
VERACRUZANOS

INSTITUTO VERACRUZANO DE CULTURA

Rafael Arias Hernández,
Director General

José Tomás Carrillo Sánchez,
Secretario Técnico

Ángel José Fernández,
Coordinador General de Publicaciones

Jorge Lobillo,
encargado de la Colección

MUSEO DE ARTE DE ORIZABA

Cecilia Santacruz Langagne,
Directora

Portada: Página 4

Primera edición, 1998

® DERECHOS RESERVADOS

INSTITUTO VERACRUZANO DE CULTURA / INBA

® José Antonio Alcaraz

Canal esquina Zaragoza

Código Postal 91700

Veracruz, Veracruz, México

Impreso y hecho en México

ISBN 968-7824-72-7

GOBIERNO DEL ESTADO DE VERACRUZ

Patricio Chirinos Calero,
Gobernador Constitucional
Guillermo H. Zúñiga Martínez,
Secretario de Educación y Cultura

CONSEJO NACIONAL PARA LA CULTURA Y LAS ARTES

Rafael Tovar,
Presidente
Eduardo Reyes Langagne,
Coordinador Nacional de Descentralización
Susana Ríos Szalay,
Coordinadora Nacional de Desarrollo Cultural Infantil

INSTITUTO NACIONAL DE BELLAS ARTES

Gerardo Estrada,
Director General

CENTRO NACIONAL DE INVESTIGACIÓN, DOCUMENTACIÓN
E INFORMACIÓN MUSICAL CARLOS CHÁVEZ

José Antonio Robles Cahero,
Director



*Para José Antonio Robles y Arturo Díaz,
con gratitud aquí explícita*

*Y al ir con su canción
es como un árbol doblando
el dulce fruto de su sombra
y suspendiendo música en sus ramas*

MARGARITA MICHELENA,
Arte Sonora

PRELIMINAR

SON LAS tres de la mañana. La asociación brinca de inmediato. El vínculo con Cri-Cri y sus canciones se vuelve evidente, al momento de escribir esto. Como creo haberlo relatado ya en otro texto, ahí surgieron mis tareas (devastadoras para algunos) en el teatro musical.

Durante el año lejano de 1942 (¿o era 43?) –hoy aureoleado con el prestigio hermoso de la remembranza– tenía cuatro de edad. Para la fiesta de fin de año una monja adorable, toda júbilo y entendimiento, la “Seño Consuelo” preparaba afanosamente nuestro examen, que sería arduo en materias académicas. Para ello agrupó a los niños supuestamente más listos del kinder.

Los no muy avispados a diferencia fueron escogidos para la sección de “Cantos y Juegos”.

Así, nuestros orgullosos progenitores podrían corroborar nuestros avances escolares a lo largo de una sesión pública, llamada pomposamente «examen» por nosotros.

Tal como cabía esperar –y a consecuencia de motivos fácilmente discernibles– fui de inmediato al exilio, abandonando el grupo que integraban los aplicados, para trasladarme al vecindario de aquéllos pertenecientes a los lúdicos (según los alcances de un vocabu-

lario adquirido posteriormente).

Dicha sección estaba a cargo de otra monja: amarillenta y reseca ésta, pariente cercano de Olivia la de Popeye, según demostraban las apariencias. Aquel ser lastimero era conocida como la "Seño Serafina". Sus dientes rechinaban al tiempo que fruncía el gesto con un temblor de cráneo apenas disimulado. Era especialista en eso que el lenguaje coloquial suele designar como "entripados". Verme llegar a su grupo y crisparse fue simultáneo. Desde hacía algunas semanas trataba inútilmente con su voz chillona y ríspida, en el umbral de la estridencia, de marcar ciertas "evoluciones" a mis compañeritos y compañeritas que desempeñaban el rol de los personajes desplegados por Cri-Cri en su sabrosa estampa lírica, donde se revelaban los secretos de los muñecos cuando, en periodos nocturnos, salían a bailar, tras un desfile resplandeciente.

En apego riguroso a la verdad histórica debo declarar que no medí las consecuencias de mis actos: empecé por meter la cuchara, poco después me erigí en su asistente de dirección y después de una semana era ya el director de aquella puesta en escena, la más entrañable que he realizado.

Tuve la complicidad encantadora de un niño regordete, con mejillas rojísimas: un güero llamado Luisito Domínguez. Tenía el físico menos adecuado para desempeñarlo, pero él se empeñó en encarnar a Pinocho. Para ello trajo un juguete de esos entonces muy populares: sobre una pequeña plataforma con ruedas iba

un muñequito golpeando con baquetas, de modo más que insistente, un timbre metálico; ruido infernal, codiciable por lo tanto para los pobladores de aquel espacio histriónico (así como coreográfico) incipiente.

A una niña (Rosario, creo; más bien: «Chayito») le amarré varios plumeros al cuerpo como Dios y mis dotes de tramoyista precoz me hicieron entender, la tomé del brazo y ilisto!: éramos “la Cocorica y Miguelito”.

Por supuesto fue un triunfo babilónico, ninivita y fosforescente. Monumental, en resumen.

En memoración de aquellos seres perdurables y para homenajear tales momentos expansivos que van conmigo, he realizado una compilación de dimensiones íntimas; frágiles al igual del recuerdo. Todo esto quiere ser cálido y dar testimonio de gratitud a Francisco Gabilondo Soler. Por lo tanto, incluyo mi cuento “El Grillito”, escrito para evocarlos. Y para decirle a las niñas y niños de hoy que aquellos del pretérito lo seguimos siendo, aun cuando nuestro físico inútilmente quisiera desmentirlo.

Lo que ahora aparece constituye apenas el anticipo de un estudio detallado que emprenderé acerca de las excelencias musicales, hallazgos y regocijos contenidos en la obra del «Grillito Cantor», porque Francisco Gabilondo Soler merece figurar lado a lado con los compositores más importantes, representativos de la identidad mexicana; entre nuestros ancestros mejores.

México, D. F., 26 de agosto de 1998

“...SALEN DE SUS CAJAS DISPUESTOS
A JUGAR”¹

¿QUIÉN, que tenga más de cuarenta años y haya nacido en aquella que alguna vez fuera la muy noble y leal Ciudad de México –hoy Viet Hank–, puede recordar el momento en que escuchó por primera vez a Cri-Cri?

La frecuentación inicial de sus canciones se constituye hoy en imágenes indescernibles que habitan, en forma a la vez permanente y entrañable, los estratos subterráneos de nuestra memoria, de nuestras memorias.

Sin que pueda distinguirse de manera clara pero no por ello menos concreta, la presencia de Cri-Cri se confunde con los orígenes de nuestra individualidad.

En medio de ese Olimpo de temores, siniestros murmullos, incógnitas, soslayos, adivinaciones y sobrecojimientos de la infancia, esa infancia que todos parecen querer negar precisamente por haberla vivido simultánea a aquella solar de afectos donde surge insistente la alegría “entre los juegos y los cuentos, sobre la tierra seca” –según las afortunadas palabras de No-

1 Este texto fue leído por su autor el 9 de febrero de 1983 durante la presentación del libro en cuestión y homenaje a Gabilondo Soler en el Auditorio Julián Carrillo de la UNAM. Apareció publicado en *Proceso*, México (14 de febrero de 1983), núm. 328.

vo-, y al lado de la otra infancia en que fantasmas y sometimientos constituyen caudal terrible, sólo cantos y juegos esclarecen la propia identidad para el niño, logrando alejar por un momento para la carga soterrada de penumbra e intuiciones estremecedoras originadas en la diaria, múltiple, constante, agresión de que es objeto.

Ya lo he afirmado alguna vez: “La sociedad infantil es más cruel que la adulta. Las posibilidades de anonimato se ven incrementadas para los niños. Ellos no tienen los medios para asumir sus derechos políticos o civiles y se les hace pagar brutalmente la protección que reciben. Son objeto de una serie de manipulaciones, provenientes de la codicia y el apetito erótico de quienes se supone debían velar por ellos, encauzarlos, amarlos”.

Y a mitigar los efectos de todo este sector emocional (iba a escribir conmocional) –tan vasto que llega a volverse inexistente a fuerza de no hablar acerca de él– contribuyen decisivamente el canto de las rondas como el imaginar bienhechores legendarios. Esto, sin perder de vista, por supuesto, lo que de manera tan lúcida y penetrante formula Carlos Monsiváis cuando señala: “Todo cuento de hadas es un relato terrible, con apariencia de cuento de hadas”.

Es ahí donde se patentiza la importancia de la creación llevada a cabo por Gabilondo Soler, compositor-poeta quien lleno de amor y generosidad destina su obra al niño.

Con ánimo festivo, personajes sugerentes y fantasía repleta de frescura, cada una de las canciones de Cri-Cri atraviesa el espacio y disipa con su mera presencia al través de textos y sonidos musicales unidos de manera indisoluble, aquella maraña interna de pavores e incomprensión en quien —por medio del radio primero y posteriormente las grabaciones— aprendió como resultado a sonreír. Hoy, esas canciones son para nosotros idénticas a aquellas estrellas muy distantes, cuya luz nos sigue llegando, incluso después de haber desaparecido.

Las invenciones de Cri-Cri no entrañan ningún relato terrible: en ellas viven el cariño, el sentido del humor, el gozo, el júbilo, la sabrosura pintoresca del colorido local e incluso, en ocasiones (“La muñeca fea”), la evocación que va dejando en el trayecto —gradualmente— su carga de nostalgia, al situarse cada vez más cerca de la capacidad para llegar al paraíso recobrado.

Cuando ha transcurrido el tiempo, esas canciones que hemos ido haciendo nuestras, tanto como nos han ido haciendo suyos, efectúan desde los laberintos de la memoria un retorno benéfico. Soportan —diría Marcel Proust— en su naturaleza frágil, con gran vivacidad, vigorosas, “el edificio inmenso del recuerdo”.

Y si para referirse a Cri-Cri hacen falta los extremos que se han invocado aquí, así como en un acto plenamente voluntario la presencia del novelista francés más importante en este siglo, habré de recurrir ahora a Margarito Ledesma, «el bardo de Chamacuero». Por-

que, mediante uno de sus más deslumbrantes milagros poéticos, Margarito demarca el territorio donde Gabi-londo Soler ejerce su tónica acción: "El Corazón Hu-mano de la Gente".

Las reminiscencias de aquellas canciones en que per-vive Cri-Cri están trenzadas a nuestro origen mismo: a los momentos cuando sin percibirlo comenzamos a ser, nos pertenecen tanto como la vista o el acto de respi-rar. Forman parte de nuestro cuerpo, al igual que esos componentes del individuo cuya presencia se obstinan las religiones en proclamar nefastos.

Nuestro lenguaje, el que hoy usamos, lleva en sí to-das esas figuraciones, después de haberlas digerido a tal punto que ya no son objeto de reflexión. Tras cada uno de nuestros gestos, implícitas en nuestras actitu-des, involucradas con nuestras convicciones, residen las melodías de nuestra infancia. Cuando, en medio de la calle vislumbramos un amigo, al levantar la mano y de-cir: "¿Hola, cómo estás?", nuestra habla hace resonar la presencia de aquella música que nutrió el mundo de cada uno, durante aquel periodo cuando era un acto de temeridad el cruzar solos la avenida.

Adherencias maravillosas que nos saturan cuando tomamos conciencia de ellas y hacen nacer en ustedes como en mí, el agradecimiento. Plenitud de la intimi-dad colectiva.

Al interior de nuestros afectos, en lo mejor de cada acto diario, origen de la desenvoltura o la nobleza de cada mexicano capaz aun de practicarlas, como fuente

misma de gentileza, están aquellas canciones que oímos como parte del entorno infantil, creyendo nuestros mayores que eran efímeras como muchas de las tuyas: no sospechaban siquiera cuán trascendentes resultarían para nuestra individualidad como grupo, su código de conducta y temperamento.

Contemporánea de sí misma, mi generación en la Ciudad de México hizo su tarea diariamente al llegar de la escuela; padeció, libró “las batallas del desierto”, bajo el aura omnipresente de la radio.

Lo mejor de los sonidos, entregados en forma interesadamente desinteresada, lo más rescatable —además de los humoristas— son los programas de Cri-Cri.

Cuando estábamos en sexto año, casi al terminar la Guerra de Corea, apareció la televisión. Lo mejor de sus imágenes entregadas en forma interesadamente desinteresada, lo más rescatable residía en los Cuentos de Cachirulo.

Dos seres fundamentales para nuestro inventario emotivo: Francisco Gabilondo Soler y Enrique Alonso (1924).

Cálida diáspora de sus talentos y hallazgos, la que vive hoy en nosotros.

Después nos volveríamos “hábiles en la cultura de nuestros placeres” hasta llegar el momento en que, por primera vez, diríamos con Pellicer:

Tu amor es el erario inagotable
que costea el país de los poemas.

Lo que sigue ya no es importante, aquí. Lo fundamental para este momento en que nuestra gratitud se hace explícita es lo que permanece: Cri-Cri, Gabilondo Soler, sus canciones.

He leído con manifiesta voracidad el libro de Elvira García *De lunas garapiñadas: Cri-Cri*, documento ejemplar editado por Radio Universidad y FONAPAS.

Sólo el elogio puede calificar la tarea emprendida y realizada por una periodista mexicana dotada con el sentido de la oportunidad, poder de penetración y agudeza para investigar.

Mediante numerosos testimonios verbales ahí recogidos, Elvira García lleva con juguetona astucia de la mano al lector por un campo pocas veces recorrido antes.

El homenaje, pleno de justicia, a un compositor mexicano y su producción suele ser poco frecuente en nuestro medio, por desgracia.

Elvira García subsana esto al entregar un retrato hablado, o más precisamente una serie de retratos hablados que se traducen en "imagen compartida". La suya se vuelve una actitud admirable.

A fin de asegurar la pluralidad de enfoque de criterios, y mediante ello la objetividad, hemos sido entrevistados varios participantes de la escena cultural mexicana; el más notable de ellos, como resulta proverbial en estos casos es: Carlos Monsiváis.

Elvira García logra amalgamar nuestras opiniones y comentarios con un fascinante relato autobiográfico

del protagonista así como varios documentos periodísticos exhumados por su destreza profesional.

Trabajos como éste son muy necesarios, indispensables, dada nuestra enfermedad crónica: la canibal-
amnesia mexicana. Desmemoriados por una parte y antropófagos por la otra, nos empeñamos en la negación sistemática de los nuestros, en ignorarnos mutuamente y menguar hasta donde sea posible los ecos de la presencia del otro; especialmente si este último es valioso.

El abierto antagonismo de la postura de Elvira García hacia esta autonegación represiva y opresora es laudable ya de entrada, pero el aplauso a la misma se incrementó al percibir la espléndida solvencia y lucidez de su rescate.

La autora de este documento milita –al igual que tantas otras mujeres, periodistas mexicanas valiosas– a favor de la inteligencia, como lo ha demostrado en *De lunas garapiñadas* al poner de relieve la figura, la obra, el precioso legado de Cri-Cri.

Este libro acerca de Gabilondo Soler, un hombre que ha sabido –como lo hizo Paul Klee (1887–1940)– reconquistar la mirada primera y con ella la integridad del candor, encarna un testimonio acerca de aquel lugar bíblico que Montherlant recuerda: la Ciudad cuyo príncipe es un niño.

A Cri-Cri sólo podría decirle: “Grillito sería feliz, con las cosas de tu país”.

“También yo te quiero y te quiero feliz”.

ANTROPOLOGÍA DE LO ENTRAÑABLE²

ALUBIA Salpicón (ya se sabe: “las damas primero”). Foforito Cantarranas, Sinfónico Fonseca, así como –vestido de marinerito, con todo y su infalible gorro cuyo remate tiene forma de pizza– Isidro Cotorrón están (según la locución antigüita) de plácemes.

Las adorables criaturas tienen motivo sobrado para, en estos últimos tiempos, manifestar su regocijo y comentar animados acerca del doble motivo: 1) la aparición del disco de Cri–Cri *Las canciones que no había grabado* (RCA Victor MIKST 2395); 2) La Editorial Posada ha reeditado el libro de Elvira García, ahora con el título *...es Cri–Cri* (antes se llamó *De lunas garapiñadas*).

Como este volumen ya fue comentado extensamente aquí –sólo cabe hacer notar por ahora el placer que produce su reaparición. A diferencia, acerca del disco hay mucho que hablar y, por lo tanto, algo que escribir.

Dando brinquitos llenos de contento, con sus vocetas agudas, mis personajes infantiles predilectos (no te enceles, Mafalda, ni acomplejes, Miguelito) celebran lo dichosos que son, al poder asistir a la celebración del Cincuentenario de Cri–Cri a quien quieren, respe-

2 Publicado en *Proceso*, México (5 de agosto de 1985), núm. 457.

tan y admiran más allá de lo imaginable.

Por cien cálidas razones diferentes, entre otras, coincido con ellos al expresar —en forma lo mismo abierta que entusiasta—predilección patente por “Chinito sería feliz / con las cosas de tu país”: una de las letras más encantadoras de Gabilondo Soler. Esta canción hacía falta, de manera apremiante, en la discografía del «Grillito Cantor».

Junto con ella se multiplican las presencias bienvenidas: imborrable la ranita Luli; el conejo que sacude la alfombra; don Perfidio—Mala—Entraña (hechicero de postín / ...malvado, bajo y ruin); *El Castillo Azul*; el sapito con “el chistoso papá sapote / el muy chato del tío zapato”.

Lirismo, fantasía, humor, fábulas, gracia, visiones ultraterrenas lo mismo que bucólicas nutren o integran la opulencia verbal y sonora cuyo paisaje bucólico repleto de cargas efectivas, justifica sin cortapisas la alegría de los pequeños virtuosos de la mandolina, el bombardón, violín y contrabajo (o más bien tololoche).

Y continúan apareciendo con desenfado imágenes deliciosas: El Pato Bizco; la negrita Cleta Dominga: familiar lejano de los personajes más difundidos en las canciones de Montsalvatge; así como el Marinero (“toma tu pipa / y ponte a fumar”) o Pico Peñón (“con mis cabritos / soy dueño / del cielo”).

Una vez más, la epifanía que reside en las canciones creadas por Gabilondo Soler irradia su acción bené-

fica, por medio de mecanismos que le son característicos: tanto estimula como sugiere presencias, situaciones y actitudes que la lógica maquina se rehúsa a admitir, avalar o circunscribir.

Claro ejemplo de esto se encuentra en el desparpajo verbal —más allá del mero significado de las palabras— en *“La Pensativa”*, donde la fonética se convierte en elemento precioso de juego hasta situar la total suma de música y palabras, en un terreno vecino a la sabrosa agilidad del trabalenguas. “Cuando la vaca / va caminando / va cabizbaja / va cavilando / dicen que vaca / se escribe con “v”/ ibah! Cada cosa / la que uno ve / ...vaca, vaca, vaca, vaca / iva a acabarse de tanto pensar!”

Para disgusto o pasmo de los «ebúrneos», cabría suponer a esta joyceana vaquita —*muuuuuu*— emparentada con aquella que ha auspiciado tantos deleites juveniles al inicio del *Retrato del artista adolescente*.

Puede hacerse notar, asimismo: con sus escaramuzas, el uso de esta aliteración crea una figura rítmica regular, que sustenta tanto el fraseo como los acentos de cada periodo y el conjunto de los mismos. Esta relación entre texto, métrica musical y carácter crea una preciosa unidad orgánica, notoria al momento mismo de la audición. El oyente, a quien no conciernen tales consideraciones técnicas, resiente, sin embargo, sus efectos, mismos que proporcionan una coherencia particular al transcurso mientras le escucha. En consecuencia, cuanto capta de manera intuitiva le lleva al

deleite: finalidad última, llena de nobleza, de este tipo de música.

Y precisamente en esto residen buena parte del éxito o hallazgos mayúsculos del universo de Cri-Cri, tan consistente: en el ser fiel a sí mismo, sin por ello anquilosarse ni acatar los límites tácitos de la respetabilidad a lo consabido. Su catálogo ha llegado a constituirse en un conjunto de signos válidos, seductores, individuales al extremo porque en cada canción Cri-Cri inventa, propone, descubre, fantasea, opera como acicate para la aventura propia, más allá de cuanto establece cualquiera de los relatos musicales que ha emprendido.

Aquí Cri-Cri es idéntico a Andersen: multiplica un territorio inédito que se relaciona, en forma simultáneamente subterránea y evidente, con otros abordados por él mismo. A la vez, vierte en cada una de sus obras elementos propios, que le proporcionan un perfil individualísimo.

En la brevedad magnífica de la canción de uno y cuento del otro, residen múltiples figuraciones creativas que les hacen autosuficientes. Lo imaginado por ellos encierra una rica variedad de personajes y acotaciones o maneras de observar: plasticidad creativa que llegarán a integrar una conmovedora galería irrepetible de alcances y donaires ilimitados, al tener como condición primera la intangible.

Por lo que toca a la realidad auditiva de esta edición discográfica, se hace notable el trabajo de Eduar-

do Magallanes cuyos arreglos a la vez que enmarcan con tino, subrayan lo ideado por Cri-Cri sin alterarle. Vale la pena hacer notar que estos arreglos son algo más «modernos» de cuanto era acostumbrado en las grabaciones precedentes. Sin embargo, cabría esperar un gesto de mayor audacia eventual; por ejemplo: para “*El Castillo Azul*” bien pudo haberse utilizado un grupo instrumental –dadas ciertas sugerencias implícitas del texto– en que figurasen alternativamente laúd y coro de metales (a la Gabrielli), con apoyo de arpa y piano, además de percusiones metálicas (glockenspiel; triángulo; campanas tubulares, platillos; suspendido y chocado; tam-tam, etcétera).

Las creaciones de Cri-Cri contenidas en este disco hacen evidente la presencia de una confederación anímica invicta, animada por la ternura amistosa que se traduce en una frescura perenne. Concurren a integrar tal eslabonamiento: lo insólito, la cordialidad, un didactismo subliminal de ánimo festivo o ciertos detalles caricaturales. Esta recuperación de la mirada primera incluye la presencia del elemento chusco, entendido como valor creativo. Los símbolos encarnan aquí presencias, sugerencias, representaciones, metáforas directas, fantasías.

Asimismo, en estas canciones afloran con frecuencia tanto frases cantables caracterizadas por giros de zarzuela, con su rústica lozanía y ensueño diurno, como elementos del *music-hall* hispano-francés de los años veinte o el *ragtime*.

Bajo la envidiable apariencia de trivialidad dichos elementos, típicos de Cri-Cri, auspician el advenimiento elocuente en Gabilondo Soler de una dulce música que llena de aciertos es siempre tal, aun cuando el tema tratado en ella tenga apariencia anecdótica de aspereza o se incline hacia lo fantasmagórico, pues la ilusión permeabiliza el total hasta ser a la vez tónica y dominante. Fenómeno inexorable.

En virtud de sus figuras rítmicas, clima emotivo, uso magistral de la prosodia y devastadora nitidez en sus líneas melódicas evocativas o juguetonas, modulaciones sencillas, así como armonía de aguda simplicidad simétrica, encarna la condición espléndida, el talento de Cri-Cri y Francisco Gabilondo Soler —su otro yo— quienes fusionados de manera irrefutable, desde hace cincuenta años nos han enseñado invadir sin timidez los territorios benéficos del gran deleite.

¡AY, QUÉ GUSTO QUE NOS DA!³

EL 29 de septiembre de 1984, el Palacio de Bellas Artes celebró su cincuentenario.

Inútil reiterar aquí cuánto se escribió en esas fechas hasta la saciedad: las actividades llevadas a cabo sobre el escenario, durante su primer día de vida oficial.

Por lo contrario, no sería del todo descabellado afirmar que una cuarta parte de mi existencia —o agonia, según se vea— (¡oh, seudometáfora!) ha transcurrido entre sus muros de mármol. Como espectador; ejerciendo diversas tareas teatrales o musicales; antesalas y las correspondientes grillas; así como —por supuesto— infinitos trámites.

Ni hablar, estoy muy encariñado. Es mi merengue favorito: blanco y puntiagudo, aunque no siempre dulce.

Compañeros de trabajo, sesiones memorables, sofocos, chismorreos, incidentes chuscos, incluso ligues, pleitos y berrinches, presencias entrañables y hasta velorios (con los correspondientes avatares ahí surgidos): imágenes que permanecen unidas al hoy tan augusto local.

El espectro de un evidente sentimentalismo comienza ya a invadir la redacción de todo esto. Momento,

3 Publicado como parte del libro *Allá en el Teatro Grande*, México, Plaza y Valdés, 1988.

en consecuencia, de evitarlo, intentando concentrarme en aquello que se supone tema central de este texto y —obviamente— habrá de nutrirlo.

Haciendo a un lado en forma voluntaria por entero conciertos, representaciones dancísticas, recitales, funciones de ópera que se han efectuado en la Sala de Espectáculos o la Sala Ponce, intentaré hacer un inventario de las obras teatrales que ahí he visto como espectador prejuicioso a la par que silvestre.

Sin embargo, antes de hincar el diente a tan evocativa materia, me atrevo a reiterar la sugerencia que alguna vez hice de viva voz a Juan José Bremer, cuando era director (admirable, a pesar de todo) del Instituto Nacional de Bellas Artes, institución adjunta al Palacio de Bellas Artes, no viceversa como suele asumirse.

Creo que la Sala de Espectáculos no sufriría desdoro alguno al llevar el nombre de Carlos Chávez, por razones evidentes.

Dicho esto, he de declarar como la primera vez que asistí a Bellas Artes el año de 1945. Estaba en primer año de primaria.

Los monjes con palidez de cirio, languidez de lirio y palpar de ave en agonía, cuya ocupación principal consistía en desinstruir a los alumnos del Cristóbal Colón, juzgaron adecuado usufructuar mañosamente las actividades del aparato oficial educativo, a la vez que “darnos un poquito de barniz”, conduciendo la manada a su agresivo cargo hasta Bellas Artes.

El Rey Bombón y *Cri-Cri* fue, en consecuencia, el espectáculo que presencié entonces. Tenía siete años. Corría el mes de mayo. Y si la memoria no falla, entre los participantes estaba Ernestina Garfias, ataviada más o menos como el hada del *Pinocho* de Disney, con cucurucho medieval del que pendía un gran velo.

La situación que recuerdo con mayor claridad reside en una enorme calabaza como de *jalogüin*: escenografía donde habitaba "*El Abejorro Mostachón*" ("Córrele, corre aprisa") feroz villano de aquella obra. Había también un desfile de los personajes, con disfraces y todo, por el pasillo durante el intermedio. Yo estaba sentado en la fila "M" al extremo, juntito al pasillo. Izquierda espectador. En luneta, por supuesto.

Es un verdadero deleite haber encontrado coartada para estas memoraciones. No faltará tema. Mi regocijo es doble, pues se cifra también en una fórmula no por simplona menos jubilosa: ¡Feliz cumpleaños, Bellas Artes!

CRI-CRI POR EUGENIA⁴

JÚBILO y nostalgia se entrelazan hasta volverse unidad, indisoluble, dual, en el disco compacto (CDM 743-211967020) donde Eugenia León interpreta con particular fortuna varias canciones de Francisco Gabilondo Soler (1907-1990), acompañada por la Orquesta de Baja California bajo la dirección de Eduardo García Barrios.

La capacidad expresiva de Eugenia León toma cuerpo en una serie de caracterizaciones vocales, cuya riqueza lleva de asombro en asombro y deleite a deleite a quien escucha.

Gracias al talento de la cantante, a sus dones y saber, a la frescura e intencionalidad aguda que imprime a cada versión, el verbo *interpretar* cobra dimensiones radiantes.

Con gran versatilidad, Eugenia León aprovecha las innumerables oportunidades que le prestan las espléndidas canciones de Cri-Cri. Se transparenta el regocijo que experimenta al abordar un género apto al extremo para desplegar los alcances múltiples de su tarea artística.

Los deliciosos textos e imaginativo trazo melódico de cada número, reciben un tratamiento lleno de acier-

4 Publicado en *Proceso*, México (25 de julio de 1994), núm. 925.

tos, en términos propios, poniendo de relieve las excelencias de sus hallazgos respectivos.

Los elogios tienden a acumularse ante la capacidad de Eugenia León para recrear la vena festiva, el lirismo, la vivacidad, invención fértil y ánimo juglaresco de Cri-Cri, cuya materia sonora de envidiable sencillez cobra así un renovado esplendor.

Imposible decidirse por una interpretación u otra para seleccionarla como la mejor del disco pues, conforme transcurre el trayecto auditivo, cada una ejerce sus mecanismos seductores para alcanzar repetidamente la plenitud.

Las inflexiones encantadoras se multiplican, en medio de un júbilo que no cesa: Eugenia León da en el blanco una vez y otra. Gracias a ella se vuelve posible llegar al paraíso recobrado: la infancia; ahora intemporal por medio de su acción repleta de musicalidad.

Los contrastes en que resulta tan rico el disco animan en forma decisiva el total hasta volverlo un producto artístico codiciable.

Pícara, populachera, exquisita, tropical, briosa, evocativa, Eugenia León refrenda sin cesar, de una interpretación a otra, las dimensiones magnas del texto musical que aborde, haciéndolo suyo sin resquicios.

Brillan ahí con fuerza y refinamiento simultáneos los aciertos multiplicados de Francisco Gabilondo Soler y Eugenia León, en un diálogo cuya emotividad se vuelve indispensable experimentar.

Sugestiones para el próximo disco de Eugenia León

interpretando a Cri-Cri, cuya edición resulta ya apremiante: *“Los tres cochinitos”*, *“Jorobita”*, *“La negrita Cucurumbé”*, *“El trenecito”*, *“Chinito sería feliz”*, *“La fiesta de los muñecos”*, *“El gatito de barrio”*, *“Negrito Sandía”*, *“Caminito de la escuela”*, *“La cotorrita”*, *“Las siete ya van a dar”*, *“El patito bizco”*, *“El chivo en bicicleta”*, *“Los ratones bomberos”*, *“Los mosquitos trompeteros”*, *“Di por qué”*.

PUNTOS CARDINALES EN OAXACA⁵

EL POPULISMO expansivo de Sergio Cárdenas alcanzó logros mejores en el *Cuarto Festival de Oaxaca* celebrado entre el 19 y 27 de abril. Porque esta vez, a diferencia de lo ocurrido durante 1995, el repertorio fue escogido con tino más pronunciado, centrándolo en un examen certero de raíces y perfiles nacionales.

Así, con esfuerzo laudable, se multiplicaron conciertos y recitales en la Ciudad de Oaxaca, tanto en los teatros Álvaro Carrillo y Macedonio Alcalá como en numerosos barrios populares, llevándose a cabo en consecuencia una amplia labor de difusión, cuyos resultados estimulantes se hicieron sentir de modo manifiesto a lo largo del ciclo.

Como se ha vuelto ya proverbial, la Filarmónica de Querétaro constituyó el núcleo decisivo para dichas tareas, de resonancia cada vez más amplia, compartida y fructífera.

No resulta difícil considerar como el punto más alto del Festival —entre aquellos eventos presenciados por este cronista— la inclusión de un grupo de canciones escritas por Francisco Gabilondo Soler, «Cri-Cri» (1907–1990), a cargo de Adriana Díaz de León como solista espléndida.

5 Publicado en *Proceso*, México (20 de mayo de 1996), núm. 1020.

El marco instrumental, también excelente, dirigido por Sergio Cárdenas, utilizó las orquestaciones realizadas por Sergio Ramírez y Enrique González, que ya habían probado su calidad y entrañable constitución en el disco donde Eduardo García Barrios dirige a la Orquesta Sinfónica de Baja California, para acompañar a Eugenia León.

Un ánimo delicioso, variedad en el sentido interpretativo, intencionado histrionismo chispeante, pícara alegría e incluso lirismo patético se alternaron dando en el blanco, una vez y otra, cuando Adriana Díaz de León y la Filarmónica de Querétaro dirigida por Sergio Cárdenas corporeizaron lo creado por Gabilondo Soler: uno de los compositores más importantes para la música mexicana, al detentar un territorio propio, irrepetible, pródigo en hallazgos e invenciones.

El disco de Eugenia León y García Barrios, así como la sesión realizada por Adriana Díaz de León y Sergio Cárdenas en Oaxaca, implican el inicio de la presencia, saludable al extremo, de Cri-Cri en las salas de concierto. Antídoto envidiable contra la solemnidad, tiesura y academicismo castrante que se han enseñoreado de las programaciones sinfónicas mexicanas en las décadas más recientes. Ahora la capacidad de gozo, el oxígeno (vivificador) en altas dosis y diversificación, irrumpen de modo bienvenido. Así, peces y panes de júbilo se multiplican en forma portentosa ante tal coalición de talentos.

Como resulta evidente, en Gabilondo Soler hay un

músico con talla y aciertos idénticos a los de Cole Porter (1893–1964), Franz Lehár (1870–1948) o Francis Poulenc (1899–1963). La capacidad de Gabilondo Soler para crear sabrosas escenografías localistas (pintorescas, si se prefiere), su especificidad emotiva (sin recurrir jamás al sentimentalismo), el sentido del humor lleno de agilidad y frescura, la sencillez cautivante de sus rimas candorosas, así como fluidez melódica —entre muchos otros rasgos— contribuyen para reivindicar de manera oportuna a Cri-Cri como parte de un patrimonio precioso.

EL GRILLITO⁶

*Para recordar
a Francisco Gabilondo Soler*

HABÍA una vez un grillito que alegre tocaba su violín. Invierno o verano, día y noche, hacía sonar el instrumento con energía formidable. Al escucharlo, los animales –y hasta los árboles– se ponían contentos porque disfrutaban las melodías ejecutadas por el grillito.

En todo lugar y a toda hora, el grillito tocaba sin descanso. Entonaba además encantadoras canciones, con una voz afinada y agradable.

Andaba por valles, montes, lomas y praderas, siempre empuñado su violín dedicado al cultivo del noble arte de la música. Saludaba a todos atento, recorriendo infatigable el país de un extremo al otro. Incansable.

Sin embargo, a pesar de las apariencias, el grillito no estaba muy contento consigo mismo.

–¿Qué sentido tiene tocar el violín todo el día, sin descanso?

Sus parientes los grillos se burlaron de él, cuando les comentó que le gustaría tener otra ocupación. Ellos

⁶ Apareció por primera vez en el volumen de cuentos infantiles *Ese oficio si les gusta*, México, Ediciones Mixcoatl, enero de 1996.

estaban muy satisfechos de hacer lo mismo, un día sí y otro también.

Por eso el grillito había decidido mantenerse aparte y seguir su vida vagabunda que, después de todo, le proporcionaba numerosas satisfacciones, pues podía contemplar varios paisajes hermosos, además de conocer a muchos otros animalitos. Hacía amigos por todas partes. Aunque, a decir verdad, esas amistades duraban poco, pues el grillito seguía su camino durmiendo aquí y allá, donde podía. Eso sí, alimentándose bien: para estar siempre fuerte y sano.

El grillito no dejó que las inquietudes que llevaba por dentro afectaran su trabajo. Continuaba tocando el violín, con piezas llenas de júbilo, así como tonadas encantadoras.

Así, el violín del grillito era fuente de regocijo para aquellos que tenían oportunidad de escucharlo. Mediante su música les comunicaba la alegría de vivir, así como un bienestar continuo. En consecuencia era recibido con entusiasmo y cariño por todas partes.

Días y días transcurrieron así: con el grillito viaja que viaja, toca que toca y piensa que piensa.

Muchas veces vio el grillito ocultarse el sol y otras se puso a cantar a la luz de las estrellas. Todo seguía igual. Excepto para él, pues se sentía inconforme, como incómodo; sin que pudiera explicar enteramente la causa.

Un día se decidió a platicar con los demás animales, para saber concretamente a qué se dedicaban y cómo

transcurrían sus vidas. Era una mañana clara llena de luz. El bosque se veía particularmente hermoso y soplabá una brisa fresca. Resultaba notorio el contento de todos los que emprendían la diaria jornada.

Toca y toca el violín, el grillito llegó hasta un riachuelo. En la orilla había pequeños charcos con reflejos dorados, donde chapoteaban felices varias ranitas. Brincaban de aquí para allá con agilidad, como acróbatas de un circo acuático o a manera de gimnastas en alguna competencia olímpica.

—Buenos días, ranitas, ¿cómo están?

—Nosotras muy bien: y tú, ¿qué tal grillito?

—Pues aquí... viajando con mis canciones por estos campos.

A petición de ellas, el grillito tocó el violín para sus nuevas amigas. Éstas lo escuchaban alegres, rebotando de un lado para otro.

Al cabo de quince minutos, el grillito les preguntó:

—Díganme, ¿no se cansan de tanta voltereta, sin parar?

—De ningún modo. Es nuestra ocupación principal. También, cuando sale la luna reunimos un coro de veinte o treinta y nos ponemos a cantar en plena noche. ¿Por qué no vienes a retozar con nosotras?

El grillito aceptó con gusto. Dejó su violín resguardado y se puso a jugar con las ranitas, tratando de reproducir sus cabriolas durante un buen rato. Poco a poco empezó a fatigarse y pensó:

—Qué cosa tan inútil. No sirve para nada estar de

saltarán, nada más porque sí.

Le hubiera gustado mucho esperar la noche para oír el coro y tocar el violín cuando las ranitas cantaran, pero había tenido ya más que suficiente; recuperando su instrumento se preparó a proseguir el camino.

—Adiós, grillito, mucho gusto en conocerte —dijeron las ranitas con afecto.

—Adiós, amigas, que disfruten mucho sus saltos. Ojalá esta noche sus canciones sean muy hermosas.

El grillito emprendió la ruta de nuevo, admirando cuanto surgía a su paso. El riachuelo era lindo y todos los lugares que le rodeaban tenían una belleza muy marcada. La yerba crecía alta, así como los árboles prodigaban su sombra bienhechora. Había aromas gratos, esparcidos en toda la floresta. Un calorcito delicioso se dejaba sentir, desplegando sus efectos en el lugar. El día continuaba transcurriendo y el grillito estaba cada vez más convencido que la tarea de las ranas no le convenía. Tampoco su manera de ser.

Súbitamente, aparecieron unos cisnes nadando majestuosos, que, viendo al grillito, se acercaron hacia la orilla a fin de platicar con él.

—Hola, señores cisnes, ¿cómo les va?

Uno de ellos, que parecía ser el jefe de aquel grupo (y de quien se rumoraba que había sido el Patito Feo), graznó:

—Estamos muy contentos, aquí nadando. El día es precioso. Oye: no me digas que sabes tocar el violín.

—Pues sí, ¿quieren oírlo?

Y aun antes de recibir la respuesta, el grillito comenzó a interpretar sus melodías. La música transcurría con fluidez y vivacidad, para contento de todos. Varios animales se acercaron complacidos para escuchar el canto del grillito, junto con su violín.

Cuando el grillito terminó la ejecución, los cisnes aplaudieron entusiasmados con las alas, haciendo múltiples comentarios para alabar las enormes dotes musicales del viajero, nuevo por aquellos lugares.

—Gracias, grillito. Fue primoroso. Como ya nos demostraste tus habilidades, deja que compartamos la nuestra contigo. ¿Por qué no vienes a nadar un rato?

De nuevo el grillito puso a salvo su violín, tras unas rocas pequeñas, e intentó zambullirse. Al contacto con el agua experimentó cierta incomodidad. No sabía ni qué hacer. Nadaba con torpeza, mientras veía a los cisnes, que con su agilidad serena se deslizaban tranquilos sobre la superficie líquida. La corriente del río era cada vez más fuerte y los cisnes impávidos, quedaban más lejos por momentos. El grillito temió ahogarse, por lo tanto —sin mayores cortesías— salió del agua a duras penas. Tras un momento al sol para secarse, recuperó el violín.

Junto a él estaba un castor, que llevaba una gorra donde se leía: “Ingeniero”.

—Pero qué bien tocas el violín, grillito —dijo el castor, descubriéndose—. ¿Por qué no me acompañas hasta la presa que estoy construyendo con toda mi familia? Conocerás a la Señora Castor y también a mis

hijos. Van a quedar dichosos cuando oigan tus melodías. El grillito aceptó de buen grado. El castor lo fue guiando por la orilla del arroyuelo. En el camino, el grillito se enteró de los grandes proyectos que tenía el castor y del trabajo incesante de su familia para llevarlos a cabo. Todos, hasta el más pequeño de los castorcitos, cooperaban incansables.

Así pudo verlos el grillito, empeñados en mil tareas: mientras unos roían troncos, a fin de aprovechar la madera, otros transportaban piedras agrupándolas, para dar forma al dique que ya comenzaba ser notorio sobre la orilla del riachuelo, adentrándose cada vez más en el agua.

Aquello era espectacular: la familia Castor trabajaba afanosa, sin reposo, auxiliada en la tarea por otros miembros de la especie, cavando laboriosamente para equilibrar los diversos niveles.

Al ver llegar al castor Ingeniero con el grillito, apenas saludaron para no detenerse. Todos estaban muy ocupados. El castor se zambulló mientras el grillito tocaba su violín. Eran tantas las carreras, ires y venires, trabajos y fatigas, jadeos y sudores, que el grillito comenzó a sentirse mareado con sólo verlos. Tenían como un gran cansancio de repente.

Sin embargo, continuó tocando hasta que no pudo más. Entonces, apenas había dado unos pasos para alejarse de ahí, cuando lo abordó una lagartija, en medio de la hojarasca:

—Te ves cansado, grillito. Me encanta cómo tocas el

violín. Pero eso debe ser un gran esfuerzo, ¿no es cierto? le dijo cariñosa.

—No, no resulta difícil. Lo que me fatigó fue ver a los castores, trabajando sin parar. Parece que no tuvieran tiempo para disfrutar la música.

Con pereza, la lagartija bostezó, diciéndole:

—Así son ellos. Yo por eso no construyo represas ni me doy grandes males. Tomo el sol y nada más. A eso me dedico. Creo que deberías hacer lo mismo. Quédate aquí a mi lado, grillito: descansa y disfruta.

Vio que la lagartija cerraba pesadamente los ojos. Casi inmóvil, parecía saborear cada partícula de luz y calor. El grillito decidió imitarla. Y por un momento le pareció maravilloso estar ahí sin hacer nada. La flojera lo invadió. Poco a poco fue sintiéndose incómodo. Empezó a reflexionar:

—Qué delicia estar aquí sin trabajar. De vez en cuando resulta necesario el descanso. Aunque no acaba de gustarme por completo. Necesito volver a lo mío: viajar por todas partes, llevando alegría con mi violín. Ahora, tras haber visto la existencia de otros animales en la pradera y tratar de compartirla, entiendo que mi naturaleza y mis dones me inducen a ser como soy. No trataré de cambiar y proseguiré la misión que ahora asumo. Hay que dejar que otros cumplan la suya. Mientras tanto yo llevaré a cabo la mía.

Todavía permaneció un momento el grillito descansando junto a la lagartija, que parecía haberse vuelto de piedra y ni siquiera tomaba en cuenta al violinista.

El grillito empezó a caminar.

—Adiós, lagartijita, que disfrutes mucho el sol. Yo debo proseguir mi viaje porque ya entendí quién soy y lo que debo hacer. Gracias por tu compañía.

La lagartija ni siquiera replicó, sólo movió la cola en señal de despedida.

Y el grillito se marchó en busca de otros animales, para comunicarles alegría con su violín y su canto. Se sentía como nuevo. Risueño, anduvo y anduvo en dirección opuesta al riachuelo. Las experiencias de aquel día lo enriquecieron enormemente.

Ahora podía considerarse afortunado: era un grillito convencido de su misión e iba ufano en busca de otros, a los que pudiera hacer felices. El sol brillaba en todo su esplendor. El bosque parecía nuevo por entero. Como si de pronto se hubiera vuelto más bello y acogedor. Con un destello múltiple: verde por entero. Lleno de lozanía resplandeciente.

*Quien canta siempre siente cómo un ángel
está invicto naciendo en su garganta.*

MARGARITA MICHELENA,
Arte Sonora

ÍNDICE

Preliminar	9
“...Salen de sus cajas dispuestos a jugar”	12
Antropología de lo entrañable	19
¡Ay, qué gusto que nos da!	25
Cri-Cri por Eugenia	28
Puntos cardinales en Oaxaca	31
El Grillito	34

SIENDO

Director General del IVEC

Rafael Arias Hernández,

se terminó de imprimir en los talleres

de Artes Gráficas, S. A.,

Tijuana No. 237, Colonia Progreso Macuiltépetl,

en la ciudad de Xalapa-Enríquez, Veracruz,

el 10 de octubre de 1998.

Su tiro fue de 3,000 ejemplares

más sobrantes para reposición.

Captura: Martha Luna Trujillo.

El trabajo editorial

estuvo al cuidado de Martha Vera Rivas,

Nina Crangle, Jorge Lobillo,

José Roberto Sánchez, Mariano Bonilla,

Ramón Moreno y Ángel José Fernández.



El cambio está en la Cultura